

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

VII AÑO. 1625 MONTERREY, MEXICO

Que no decía verdad el apasionado padre, era para mí un hecho indiscutible; y sin embargo, me costaba trabajo suponer que tuviese el propósito de mentir; su aire de sinceridad y de candor era inequívoco. ¿Si le engañaría la muchacha, sisando en todo lo demás para cargar las sisas á la partida de perifollos? Con poco que yo asistiese á la tertulia se me figuraba que sabría á qué atenerme sobre este punto. El instinto de curiosidad, dominante en los célibes que carecen de asuntos propios y de verdaderos cuidados, era el móvil poderoso que me atraía á la reunión de las Neiras. La casualidad hizo que yo penetrase en ella en el momento más oportuno para satisfacer mis aficiones de espectador.

Solicitaron mi atención, más aún que la bella, coqueta y despilfarradora Rosa, otras dos hijas de D. Benicio, que ofrecían verdaderas singularidades en su manera de ser: *Argos divi-*

CAPILLA ALFONSO REYES

na y Feita. Las demás eran muy niñas aun, excepto Constanza, que siempre realizó el tipo de la más clásica insignificancia y pasividad: callada, sosa, sin voluntad propia, una de esas personas cuya presencia en la habitación llega á olvidársenos por completo, y con las cuales no contamos para adoptar resolución alguna, pues estamos ciertos de que se prestarán á cuanto los demás determinen, por no tomarse el trabajo de emitir opinión propia. La nulidad del carácter reflejábase en las facciones de Constanza, de una regularidad agradable, pero amortiguadas por la falta de expresión, incoloras, por decirlo así, como el agua.

En cambio ¡qué fuerza expresiva, qué viveza sentimental campeaban en el pálido rostro de Argos, á la cual llamaban así en memoria de la venerada efigie de *Nuestra Señora de los ojos grandes!* Su hermosura, romántica y seria, había llegado al apogeo, como también estaba en la plenitud su voz, aquella sorprendente voz de *mezzo soprano*, cuyas apasionadas inflexiones delataban un alma toda fuego. Yo era antiguo admirador (por supuesto secreto y platónico) de Argos Neira. Repito que jamás había querido iniciar idilio alguno, aun de los míos inocentes y diáfanos como el aire, con las hijas de D. Benicio, no sólo por la estimación que me infundía su padre, sino porque Argos, la que me atraía, también me inspiraba terror: no estaba seguro de nada con Argos, que me parecía mujer de distinto temple que las demás señoritas de Marineda, y se me figuraba (tal

vez sin fundamento, por lo menos hasta entonces) una *tenoria*. Con las otras marinedinas tenía yo la absoluta seguridad de que, al terminarse el idilio, no representaríamos ningún drama; pero con Argos... veía en lontananza escenas espeluznantes, lances cuyo solo pensamiento me hacía estremecer. Y, fatuidad aparte, tampoco esperaba que Argos se prestase al idilio. Había sido siempre Argos caprichosa y rara en sus gustos: tan rara, al decir de las lenguas desolladoras, que no sé si debe darse entero crédito á la historia de sus antojos y aberraciones. Durante aquel período suyo de exaltado misticismo, en que sólo cantaba Gozos de novena, se refirieron horrores de su entusiasmo por cierto Padre Incienso, jesuíta austero y elocuente, el cual, por más señas, no la podía sufrir, y se vió en el caso (continúa la versión más auténtica) de salir de Marineda, esquivando el peligro, cortando de raíz el escándalo y salvando su honra de sacerdote, puesta en grave riesgo por la indiscreta muchacha. Y el remedio fué radical, pues no sólo se curó Argos de la afición malhadada, sino hasta del pseudo-beaterio (quizás ambas cosas no eran sino una). Acabáronse los rezos y las mortificaciones; desapareció el hábito de jerga, con su corazón de plata acuchillado, símbolo visible de la enfermedad cardíaca que afligía á tan extraña devota; el negro cabello, antes descuidado y desgredado, apareció peinado con gusto y arte, y el rostro cambió, adquiriendo una expresión indefinible. La hermosa escultura religiosa se

convirtió en estatua profana. Si por medio de una comparación tomada del arte quisiese yo significar qué expresión había adquirido la cabeza de Argos, recordaría las testas del grupo de Carpeaux, la famosa ronda de danzadoras que enriquece la portada de la Opera, en París. ¡Cuán distinta era la Argos de hoy de la que solía ir, con el velito espeso, á las primeras luces del alba, á la solitaria iglesia de San Efrén, á pegar á las losas frías sus ardorosos labios!

Si mis observaciones no fallaban, el actual quebradero de cabeza de Argos debía de ser... Me encocora declararlo, porque mientras el Padre Incienso, bajo su sotana, tenía para mí y para todos los que le conocieron aspecto varonil, en cambio el musiquete, el famoso León Cabello, declaro que me producía el efecto no ya de una madamita, sino de una vejezuela, de alguna de esas acartonadas profesoras británicas, mixto de bacalao y cecina, lo más contrario á toda idea de amoroso engreimiento. Era el *virtuoso* (mote que le había puesto Primo Cova), un pobre muchacho, de padres desconocidos, que recogió por caridad una tendera de zarzas de la calle del Repeso; susurrábase que podía ser fruto de un temprano desliz de la hija de la tendera, hoy muy bien casada con el ricachón fabricante D. Simón Cardador Blanco. Lo indudable es que la tendera profesaba gran cariño al arrapiezo, el cual fué uno de esos chiquitines fenomenales, cabezudos, inaguantables, ya con *genio artístico*, mientras

aún les flota la camisilla por la abertura del calzón. A los siete años mi Leoncito recorría las casas de Marineda tocando fantasías y nocturnos, y cosechando besos y cartuchos de caramelos de rosa y rosquillas *de jinete*. A los doce, la prensa marinedina armó una trifulca para conseguir, trabuco al pecho, que la Diputación provincial pensionase en la Corte al prodigio, á fin de que «completase sus estudios en el divino arte». Si la Diputación no pensionaba á Leoncito, eclipsaríanse para siempre las glorias de Cantabria y quedaría demostrado que la patria cántabra, en vez de acoger amorosa á sus hijos ilustres, de brindarles el calor de su materno seno, los corona de espinas y los deja morir de abandono y de *inanición moral*, á las orillas del Océano amargo y salobre. Renunciando á averiguar por qué había de ser precisamente á orillas del Océano, y no en su cama, donde sucumbiese Leoncito por falta de pensión, ello es que el fatídico cuadro tan de mano maestra trazado por la bien cortada pluma del revistero local Amador Milflores debió de hacer impresión en el ánimo de los padres de provincia, toda vez que pensionaron al niño fenomenal, de quien se refería que dedicaba á tundir el piano *dieciséis* horas diarias. Y allá marchó el Leoncito con rumbo á la Corte, bien acompañado de redobles de bombo... que no se sabe si llegarían á traspasar los puertos.

En las vacaciones volvía contando maravillas de los grandes maestros del arte musical:

Caballero, Barbieri, Chapí, Bretón, Monasterio le adoraban, le pronosticaban el porvenir más risueño y brillante. Había tocado, arrebatando, en el salón Romero. La Infanta Isabel, convidada expresamente para que admirase tan portentosas disposiciones, y no pudiendo asistir aquella noche por sus quehaceres, se desquitó llamando á Palacio al melodioso León, y en sus habitaciones particulares le escuchó, le aplaudió, le colmó de elogios y le regaló un alfiler de corbata que representaba una lira de oro con tres rubíes. El periódico semanal *El Contrapunto* había publicado el retrato de Cabello, encuadrado por ramitos de laurel; y la gorda tendera, la presunta abuela, á punto de asfixiarse de gozo y orgullo, puso al retrato un marco de listón dorado anchísimo, sobre fondo de *peluche* granate.

Terminó Cabello sus estudios musicales y se vino á Marineda, donde le recibieron con nuevas ovaciones y largos artículos encomiásticos. Sin embargo, á la miel se mezclaban algunas gotas de hiel. La tendera, estaba, ¡quién lo duda!, contentísima y ufanísima del chico; pero el fondo de buen sentido, el hábito de ganarse con el sudor de su frente el pan, la obligaron á inquirir si tanta algarabía de notas, tanto martirio á las teclas, tanto zapateo en el pedal, tanto viaje y tantísima trapisonada, no habían de redituarse algo, algo que se cifrase en ingresos, en moneda contante y sonante, en medios de vivir, de comer, de pagar al sastre y al zapatero. Allí estaba el fenómeno, el niño de la

bola: pero el tal nene, mezcla, según Amador Milflores, de Orfeo y de Bellini, tragaba, rompía botas... compraba papelotes de música, tenía un vertical... y todito á cuenta de la tendera gorda. ¿Cómo era que en Madrid no había descubierto una mina de oro? ¿Cómo no podía aquella gloria regional, nacional, europea (de tal le calificaban, no parándose en barras, los diarios), hacerse, con su asombroso genio artístico, una rentita de cinco ó seis mil duros al año lo menos? La tendera tuvo un instante de escepticismo amargo, en que lamentó no haber dedicado al chico á medir zarzas...

Entonces León Cabello, en lid con la maldita fatalidad de no haber un Banco donde se admitan como valores los trinos y las escalas cromáticas, empezó á pensar en la faena de las lecciones. Subiría pisos, se dedicaría á enseñar á los chicos los rudimentos del solfeo, ya que no había otro porvenir para el que *El Contrapunto* coronara de laurel. ¡Ingrata patria, ingrato suelo cantábrico! Antes de aceptar la prosaica solución de buscar discípulos, el Leoncito dió un concierto en el Teatro, que la prensa campaneó desde un mes antes. Concurrió bastante gente, porque el mismo Cabello repartió, con cartas de su puño, los palcos y las butacas. La gente bostezó y aplaudió á rabiar. Halagado por esta primer caricia de la suerte, quiso repetir el golpe al siguiente mes; pero era abusar de las bolsas; el teatro quedó completamente vacío, y Cabello desarrolló sus interminables *concertstucken* sin más auditorio

que los acomodadores. Tuvo que pagar el alumbrado, la orquesta, el local, y perdió lo ganado en el primero. Entonces apretó en lo de las lecciones, y emprendió una labor encarnizada, furiosa, para imponer su candidatura á «lo principal» del pueblo. Estalló guerra á muerte entre el *virtuoso* y los demás profesores á domicilio de Marineda, D. Sotero el organista, las dos Bemolitas, el director de orquesta del Coliseo... Trabajos subterráneos en la prensa produjeron en el lenguaje de ésta cambio singular: cayó de su pedestal Leoncito, y fué objeto de chistes punzantes y de caricaturas groseras en el órgano satírico *El Brujo*, donde sacaron á relucir su nacimiento, é hicieron alusiones mal veladas á su madre y á toda su historia... No me sorprendió, por cierto, el espectáculo, en Marineda frecuente, pues cuando los intereses se ponen en juego, no hay tigres ni panteras comparables en su furor á los marinedinos. Creo haber dicho ya que estas pugnas alrededor de unas míseras pesetas me son tan repulsivas, que sólo por eso no me casaría nunca, temeroso de que el amor paternal me impulsase á patullar francamente en el lodazal de la codicia.

En tan poco halagüeña situación me tienen ustedes ahora á Leoncito Cabello, la antigua esperanza de la madre Cantabria, que le ve sin pena y sin rubor encaramarse á los cuartos pisos y repetir cada media hora, en voz enronquecida por la fatiga y el aburrimiento:

—Do re, do re, do re fa sóool... sostenido...

Más sentimiento ahí... Pero ¡cuándo empezaremos, Aurorita, á matizar ese pasaje!

Físicamente, el *virtuoso* parece una de las chistosas caricaturas alemanas en que se ridiculiza á los secuaces de la escuela de Wagner. Lleva la melena crecida, para tapar unas insolentes orejas, y su cara imberbe, fruncida, ya pergaminosa, á pesar de los pocos años, muestra amarilleces de fruto conservado en espíritu de vino. La boca es sutil, larga, sinuosa; los ojos, azules y fríos, sólo resplandecen al halago del elogio y al estímulo de la vanidad. Tiene la frente bombeada, el cráneo montuoso y puntiagudo, las manos prolongadas, ágiles, flexibles por el constante teclear. Viste de negro, y usa corbatas de color chillón, donde se ostenta la lira de S. A., con los tres rubíes. Y á pesar de esta facha rarísima, creo, y creen muchos conmigo, que el musiquete no le parece saco de paja á Argos...



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPILLA ALFONSO REYES

VIII

No; positivamente, no le parecía saco de paja á la ex devota el engarzador de arpegios. Había en aquel *flirt*, basado en la comunidad de gustos artísticos, algo de vago, ensoñador y baboso, muy diferente de la vehemencia y la exaltación que se habían notado en los primeros entusiasmos de *Argos divina*. Sin duda la muchacha poseía todas las cuerdas de esa gran lira que se llama el amor, y gustaba de coleccionar—, en vez de trapos y cintajos, como su hermana—, impresiones y recuerdos.

El León penetró en casa de Neira por la puerta de la pedagogía musical: le llamó don Benicio, por recomendación de Sobrado, para dar lecciones de canto y piano á dos de sus hijas, Argos y Feíta. Esta última, al mes escaso, se rebeló, y dijo que no la daba la gana de perder tiempo, que se cansaba de aquel ejercicio bobo y que no pensaba ganarse la vida como León Cabello, haciendo competencia á las Be-

molitas; Argos, en cambio, tal gusto le tomó al aprendizaje, que en todo el día no se apartaba del piano. La tertulia se resintió de la manía filarmónica de la muchacha. Cuando no *estudiaban*, de música hablaban el *virtuoso* y ella. Todo era revolver sonatas, elegir *caprichos* y rebuscar melodías. Una pieza brillante á cuatro manos llegó á ser para nosotros verdadera obsesión. Cada vez que yo veía girar despaciosamente el taburete, subiendo ó bajando para que en él se acomodase el artista, me entraba un desasosiego nervioso... Por fortuna allí no era de rigor escuchar en silencio: se podía charlar, se podía no hacer caso del chaparrón de notas. Tal vez el profesor y la discípula preferían que no se les concediese extremada atención. No aspiraban á la gloria de embelesarnos; harto embelesados andaban ellos.

Ultimamente habían descubierto un filón, las melodías aldeanas, preciosas canciones del país cántabro, tan mimosas, tan llenas de nostalgia dulce. Argos las cantaba con gracia hechicera, acompañándola con suma delicadeza el *virtuoso*. Con esa parte del programa me reconciliaba yo, y hasta la oía lleno de placer, pues á pesar de mi naturaleza poco elegiaca, las tales canciones, embalsamadas por la menta y el saúco de los ribazos cántabros, me infiltraban en el alma una serena melancolía, una especie de dolor grato, que se bebía á sorbos y no embriagaba de pena... Pero estas cosquillas románticas desaparecían así que tomaba asiento á mi lado y me dirigía la palabra la más extra-

ordinaria y ridícula criatura que se ha visto en el mundo, ó sea Feíta, el séptimo retoño de D. Benicio Neira.

¿Cómo te haría yo comprender bien, oh sesudo y morigerado lector, lo que era la tal Feíta, en lo físico, en lo moral, en lo intelectual? Cien pliegos de papel no bastan para retratar á este curioso personaje. Su exterioridad es lo más fácil de sorprender al vuelo, pues no necesita el lápiz esmerarse para no alterar líneas de belleza. Feíta (diminutivo algo injurioso de *Fe*), no es linda, aunque tampoco repulsiva ni desagradable. Su cara, más que de doncella, de rapaz despabilado y travieso, ofrece rasgos picantes y originales, nariz de atrevida forma, frente despejada, donde se arremolina el pelo diseñando cinco puntas que caracterizan mucho la fisonomía. Sobre el labio superior hay indicios de bozo: no puede llamarse una dedada, sino á lo sumo leve sombra, que con el tiempo oscurecerá. Sus ojos son chicos, verdes, de límpido matiz, descarados, directos en el mirar, ojos que preguntan, que apremian, que escudriñan, ojos del entendimiento, en los cuales no se descubre ni el menor asomo de coquetería, reserva ó ternura feminil. El cuerpo de Feíta es suelto, ágil, de formas escuetas y de un dibujo muy sobrio, recogido y púdico, á la manera de esas figuritas magras y castas sin ascetismo, que los broncistas de Florencia legaron á la admiración de la posteridad. Sólo que para adivinar esta que sin duda alguna es perfección y gracia del cuerpo de Feíta, hay

que ser más que lince, zahorí. Yo que me perezco por las mujeres ataviadas, peripuestas y pulcras, no me puedo acostumbrar á la manera de vestirse de esta chicuela indómita. Siempre anda metida en un talego ó amarrada como un saco de garbanzos. Sus hermanas no la hacen caso, y ella no se cuida de sí propia, ni creo que recuerda que hay espejos en el mundo. Su pelo vive en perpetua insurrección: es el mambís más rebelde que conozco. Lo lleva corto porque no se aviene á dejarlo crecer, ni á sujetarlo formando moño, ni quiere enterarse de para qué sirven la tenacilla y el alisador, y cada mechón va por su lado, unas veces crêspos, otras lacios y mohinos, según la temperatura y la humedad. Los dedos de Feíta son un mapa mundi de manchas de tinta y de desolladuras y arañazos, porque el día en que á la moza la da la ventolera por revolver y arreglar la casa, la vuelve patas arriba, desclava y sacude todo, alfombra ella misma, y se empingorota en una escalera de treinta peldaños para lavar los vidrios. Sin embargo, los arrechuchos de laboriosidad doméstica no son en Feíta muy frecuentes. Por lo general paga tributo á otra manía, insólita y funesta en la mujer: y es su malhadada afición á leer toda clase de libros, á aprender cosas raras, á estudiar á troche y moche, convirtiéndose en marisabidilla, lo más odioso y antipático del mundo.

Si Feíta me interesase por algún concepto; si fuese hija ó hermana mía; ¡qué pronto la convertiría y la cura de esa chifladura inverosímil,

reintegrándola en el puesto que la naturaleza señaló á la más bella mitad del género humano! Pero no soy yo el llamado á civilizar á esta salvaje sabia, y su padre, mi buen D. Benicio, carece de la energía que exige su misión paternal. La debilidad de D. Benicio es lo único que puede explicar los derroches de Rosa, las novele-rías de Argos y las inauditas excentricidades de Feíta.

Como Sobrado cuchichea con Rosa en el rincón de la galería, cerca de los heliotropos en flor, y Argos se entrega á las emociones musicales; como las otras señoritas que concurren á la tertulia, y son las del Magistrado Tardejón y Mercedes Cabrera, la del ingeniero, forman su peñita y demuestran intenciones criminales, conatos de llevarme insensiblemente, si yo me dejo, camino del ara santa... me desvío de ellas y suelo entretenerme en charlar con la extravagante, con la cual no arriesgo nada y que me hace reír de puro desquiciada y lunática que la infeliz está. Sus extrañas teorías se prestan á servir de base para mil discusiones acaloradas y chuscas, divertidísimas á veces; porque con Feíta no estamos nunca dentro de lo previsto y normal, sino que cada día saca ella un resorte nuevo.

La cabeza de esta pobre niña es «el caos é islas adyacentes», según frase de Primo Cova — que la encuentra, como yo, muy salada —. Ha leído todo cuanto cayó en sus manecitas, ávidamente, con prisa, sin discernimiento, tragando, cual los avestruces, perlas y guijarros en

revuelta confusión. Desde los libros de mística con que se espiritaba Argos en sus tiempos de fervor, hasta los de fisiología y medicina que tuvo la insensatez de prestarle á Feita el filósofo Dr. Moragas; desde las novelas de Ortega y Frías que la ofreció con grandes encomios el brutazo de D. Tomás Llanes, hasta las poesías de Verlaine que la facilitó secretamente un empleado en la Biblioteca del Puerto, Feita ha recorrido toda la escala bibliográfica, hacinando en su mollera un fárrago estupendo, una capa de detritus, entre los cuales van envueltos preciosos gérmenes que podrían fructificar si los cultivase con método y sazón. No cabe duda que la tal Feita sabe ya muchísimas cosas; pero su instrucción ha sido, como suele la de las personas de su sexo, confusa, precipitada, incoherente, y con lagunas y deficiencias donde debían existir ciertas nociones sin duda elementales, pero que son á guisa de eslabones que enlazan entre sí la vasta serie de los conocimientos humanos. Feita, en momentos de lucidez, lo reconoce, por más que en otros, con infantil pedantería, me llama ignorantón, á lo mejor porque no sé en qué consiste la función de una glándula ó dónde radica un haz de nervios; pues en lo que está más fuerte este demontre de inaguantable chiquilla, es en ciencias enlazadas estrechamente con la medicina, gracias á los préstamos del bueno de Moragas, que es capaz, á fuer de ideólogo, de fumar sobre un polvorín descubierto.

—Me hago cargo—suele exclamar Feita—de

lo mucho que ignoro. No crea usted que necesito que me lo cuente nadie. ¡Soy yo más lista! Y tenga por seguro que si no reviento he de aprenderlo todito. ¿No ve usted que á mí, como enseñar, no me han enseñado ni esto? Coser, bordar, rezar y barrer, dice mi padre que le basta á una señorita. Un día recuerdo que hasta me puse de rodillas para que me enviasen al Instituto; como á Froilán, y papá salió con que me hartaría de azotes si volvía á hablar de semejante cosa. No me asustan los azotes, ni mi padre es capaz de azotarnos con un hilo de seda; pero ni tenía dinero para las matriculas, ni los catedráticos me recibirían contra gusto de papá. Y cuando una es chiquilla, chiquilla... no hay coraje para nada. Hoy me arremango y voy si quiero; pero hoy ya estudio yo sola, lo mismo que en el Instituto. ¡O más si se me antoja, hombre!

—¡Pues hizo bien su padre de usted, mujer! ¡Sería una ridiculez ir allá!

—¿Y por qué habia de ser una ridiculez? Pago un duro de mis ahorros por cada razón que usted me dé.

—Pero hija mía (yo solía tratar á Feita así, paternalmente); ¿á qué se compara usted con Froilán? ¿no ve usted que Froilán es hombre y necesita tener carrera?

—¿Froilán hombre? Froilán jumento—respondía perentoriamente, é imitando el habla de los negros, la diabólica.

—No sea usted así. Froilán ha de concluir sus estudios y vivir de lo que gane.

—¡Ah! Pillete—replicaba ella.—¿Conque vi-

vir de lo que gane? Y yo, ¿me quiere usted decir de qué he de vivir cuando mi padre se vaya al otro mundo? ¿Acaso tengo mayorazgos que Froilán no tiene?

—Usted... usted vivirá de lo que gane su maridito.

—¡Maridito! Sí, que andan los mariditos mantenedores de sus mujeres por ahí á patadas. Mire usted el de Tula qué bien la mantiene. La da de almorzar mojicones finos, y de comer legítimas galletas. ¡Rayo en los mariditos mantenedores! Además, ¿de dónde saca usted que quiero recibir de nadie lo que puedo agenciarme yo misma? ¡Me parece cargante y retecargante y hasta humillante la ocurrencia! ¡Y no sé cómo á ustedes los hombres no les revuelve el estómago eso de que han de tomarles siempre las mujeres por caballos blancos!

Este arranque de Feíta, á decir verdad, se conformaba con mis manías, con gran parte de los escrúpulos y delicadezas que me retenían en el estado de solterón; pero el gusto de contradecir y el deseo de excitar á la muchacha á que replicase con más bríos, me impulsaron á responder:

—¡Quiá! Ese papel nos halaga. Así sostenemos y afirmamos nuestra soberanía; así reforzamos nuestros indiscutibles derechos sobre el corazón y la voluntad de la mujer. Nosotros trabajamos y ustedes administran y gastan... Lo más lógico. Tampoco ha de negarse que á ustedes las toca su parte de trabajo, y de trabajo constante y sagrado y meritorio. ¿Dónde me deja usted el gobierno de la casa, la crianza y

cuidado de los hijos? Como se propongan ustedes trabajar...

—¡Los hijos!—protestó ella—Siempre parte usted del supuesto de que la mujer es infaliblemente casada. ¡Pues no hay en Marineda pocas solteras!

—Y solterones también: aquí me tiene usted á mí.

—¡Pero usted es solterón... por su gusto!... y ellas...

Sonrió Feíta con picaresco guiñar de ojos.

—Según eso, ¿usted no cree que puede haber solteras por gusto?...

—¡Vaya si lo creo! Como que yo lo he de ser. Sí, amiguito Abad; esta joya se ha de quedar para vestir imágenes, aunque se me presenten *partidos*, que no se me presentarán. Y sentiré que no se me presenten, sólo por el gusto de que vean que no los admito.

—¿Tan resuelta está usted?

—Tan resuelta. En algo me he de distinguir de esas otras—y diciendo así señalaba á sus hermanas y á las demás niñas casaderas de la tertulia—. Como que no encontrará usted en Marineda (yo se lo fio), persona que le diga á usted que hace divinamente en no casarse, á excepción de esta personita. Si yo fuese hombre ¡al momento me caso! Ustedes son, bien mirado, más inocentes que nosotras, porque ustedes ¿para qué quieren casarse? Mejor dicho, ¿hay entre ustedes ninguno que no pueda disfrutar las ventajas del matrimonio, sin arrostrar sus inconvenientes?

—Por Dios, Feita... ¡Qué cosas dice usted! Que no la oigan, al menos...

Esta plática recuerdo que la pasamos una noche de Octubre, en que la temperatura era aún tibia y hermosa, y nos habíamos refugiado en una esquina de la galería, por huir del sempiterno tecleo de Cabello y Argos y las risitas y provocaciones de las de Tardejón. Por cierto que aquella noche misma acaeció en la tertulia de las hijas de D. Benicio Neira algo que merece consignarse, por la cola que trajo; y fué que Baltasar Sobrado, entrando muy soplado, de levita, á eso de las nueve y media, presentó á D. Benicio y á su familia á otro caballero más apuesto y atildado, que supimos ser el nuevo Gobernador civil.



IX

Tres meses hacía que éste había llegado á Marineda, donde se hablaba mucho de él, á pesar de que se le tachaba de retraído y entonado. Era uno de esos hombres á quienes el público, al negarles ya la juventud, les sigue otorgando los privilegios á ella inherentes, encontrando muy natural que dediquen la vida á perseguir el goce, á empalmar las aventuras, á la baraja y á la broma entre amigos. Para decirlo de una vez, el Gobernador de Marineda, que por cierto, se llamaba nada menos que don Luis Mejía, era todo un *juerguista*, pero con ribetes y collar de romanticismo: tipo bastante común en nuestra raza meridional, tan sobrada de idealismos malsanos como falta de sencillez y seriedad verdadera; y me pareció la más insignie prueba de inadvertencia y descuido en D. Benicio que dejase penetrar á semejante gavilanazo en aquel palomar repleto de palomas arrulladoras y lindas. Es verdad que en-